



Documentos



Henri Matisse 490



“Querer es poder”

(Cuento)^a

Por J. M. Briceno Guerrero.

ALUMNO DE 6° GRADO.

Amanecía... y en un pueblo venezolano la luz del alba dejaba contemplar ya los primeros alcores, bañando los techos rojizos de las casas y los jardines en flor.

Los sirvientes caminaban apresuradamente por las calles como si se tratara de algo muy novedoso. Era que en la casa del señor más acaudalado del pueblo, se preparaba una gran fiesta con motivo de bautizar al hijo primogénito que llevaría el nombre de Rodolfo, constituyendo éste desde su nacimiento el orgullo del hogar.

Celebróse la fiesta en medio de la mayor esplendidez y armonía y todos los familiares de tan agraciado retoño, brindaron por la felicidad del que más tarde sería grande entre los grandes de su prole.

El niño crecía arrullado por los amaneceres de su pueblo, mecido por las encantadoras muchachas del hogar, mimado por sus cariñosos padres que no cesaban de prodigarle caricias nacidas de lo más recóndito de sus corazones. Pero he aquí que nada hay completo en este mundo y la desgracia

a José Manuel Briceno Guerrero, “Querer es poder” [Cuento], en *Senderos. Órgano Federal de la Escuela Federal Graduada Soubllette*. Año II, N° 23 (Barinas, miércoles 3 de marzo de 1943), págs. 6 y 8. Tomado de una reedición facsimilar del periódico realizada por el Centro de Estudios Históricos del Estado Barinas, presidido por José Esteban Ruíz Guevara contando con los auspicios del Ejecutivo de esa entidad regional en 1983, Año Bicentenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar. Dicho periódico comenzó siendo dirigido por J. Vásquez Márquez. Su Redactor fundador fue F. Contreras Frías y Administrado por Argénis Vivas. Su último Director fue el Br. H. León Colmenárez (Director de la Escuela Soubllette). La impresión del mismo se hizo en la Imprenta Oficial del Estado Barinas cuyo principal tipógrafo a cargo para la época fue Ciro Benítez.

que nunca está lejos se enseñoreó de aquel hogar donde la felicidad había hecho su albergue, donde sólo se respiraba la paz, dulce paz que tanto se anhela en los hogares. Sucedió que el padre del chico, tuvo una quiebra en los negocios hasta el punto de haber perdido íntegro su capital, quedando en la mayor pobreza. Para colmo de su desgracia perdió a su esposa cuando más la necesitaba, cuando debían de hacerle frente al cruel destino, cuando la primera ráfaga de infortunio se interponía en el sendero de aquel niño que sólo pisaba en mullidas alfombras. Así es que encontrándose en situación tan crítica, el pobre hombre que vamos a llamarlo don Cecilio, no encontrando otra solución más práctica para resolver su problema económico, resolvió marcharse a la capital de la República donde seguramente sus antiguos acreedores podrían ayudarlo. En cuanto al chico, no pudo llevarlo consigo; pues además de ser un inconveniente para sus diligencias, no le alcanzaba el poco dinero que llevaba sino escasamente para él. Así que se vio obligado a dejarlo en casa de un amigo que había recibido muchos beneficios de nuestro don Cecilio. Está por demás decir las grandes recomendaciones que del chico le hizo a su amigo y las muchas lágrimas que derramó al despedirse del hijo que tanto quería y que era fiel reflejo de su esposa.

Desde los primeros días Rodolfo extrañó sobremanera el trato que se le daba y las pocas atenciones que se le ofrecían; pero como ya tenía 12 años, podía reflexionar y por eso nada decía; además aunque sabía la dirección de su padre en Caracas, no quería decirle nada para no mortificarlo. Las cosas se agravan día por día y el niño que antes se ostentaba tan opulento y lleno de alegría, ahora mostraba su semblante triste y una indumentaria que lo confundía con los rapazuelos del lugar; su mirada se acentuaba cada vez más lánguida y su corazoncito de niño encerraba tantos pensamientos... Algunos tunantes como para estar de acuerdo con aquel refrán muy conocido: “Del árbol caído todos hacen leña”, se burlaban de él y hasta hubo quien le dijera que su padre mendigaba en Caracas para poder subsistir.

El niño vivía atareadísimo pues hacía las veces de un sirviente; pero no obstante sus múltiples ocupaciones, iba con frecuencia a la escuela que por fortuna era graduada y sus maestros amantes y generosos le dispensaban atenciones dignas de su estirpe y su talento. Siempre estudiaba hasta avanzadas horas de la noche; pues como dijimos, durante el día no podía hacerlo. Así pasaron cuatro años. Rodolfo sufría decepciones en la casa; pero en cambio en la escuela era muy querido por sus maestros y compañeros debido a su buena conducta y aplicación, pues siempre había ocupado el primer puesto en la clase. Además era presidente de la Cruz Roja Juvenil, en los actos literarios él era el principal dirigente, también culminaba su

fama como escritor; pues siempre escribía para el periódico de la Escuela. Sus progresos eran cada día concretos y su cultura más refinada.

Un jueves, 10 de julio, presentó su examen de sexto grado, habiendo obtenido 20 en todas las materias. En vista de aquel éxito tan rotundo sus maestros lo eligieron para que pronunciara el discurso de apertura en el acto literario que con motivo de clausura de exámenes, habían preparado los profesores y alumnos de aquel instituto dirigido sabiamente por un maestro moderno, por un maestro de ideas avanzadas y que muy bien sabía enrumbar la educación por caminos definidos.

Pero si es verdad que tal distinción le hacía honor, también es cierto que este mandato le causó un gran dolor, una gran pena: no tenía un flux bonito para presentarse en público. Esto lo hacía llorar amargamente; pero sin atreverse a manifestarlo, pues le daba pena con sus compañeros y... en fin.

Ya se disponía a salir para pedir prestado un trajecito, cuando de pronto un bello taxi vino a detenerse precisamente en la puerta de la casa. Como enajenado se quedó mirando a los que en él viajaban y muy pronto pudo distinguir a su padre, quien impecablemente vestido, ordenaba le bajarán las maletas. Pero fue tanto su asombro que se quedó como petrificado, no teniendo valor para salir a su encuentro... Padre e hijo se confundieron en un solo abrazo mientras las lágrimas corrían como fuentes vivas por las mejillas de Rodolfo. Siguieron adelante y cuanta fue la sorpresa del joven cuando su papá puso en sus manos tres ricos fluxes de casimir y todo un ajuar para un joven de su edad. No hay palabras para descifrar la alegría de ese abnegado estudiante que tanto frente le había hecho a su suerte... Se arreglaron y el joven Rodolfo se presentó en el escenario con todo lujo y decencia. Su discurso fue una preciosa pieza literaria que más tarde publicaron los periódicos de la capital.

Después conversaron largamente y el chico con una delicadeza digna de su linaje, dijo que todo lo perdonaba por la instrucción que le habían dado. Pero con todo, el padre exclamó con acento hiriente:

Amigos, es mentira, no hay amigos

...

La amistad verdadera es ilusión

Todo pasa se aleja y desaparece

Con los giros que da la situación.

J.M.B.G.